

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 150 al mes. Fuera, ptas. 3 trim. Extranjero ptas. 6 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Escudillers Blancs, 3 bis, bajos.

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES
Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 680.

DIVERSIONES PARTICULARES

Tertulia Catalanista TEATRE PRINCIPAL. — Escullida funció pera 7 dijous, 21 de Mars, dia de Moda. — Nou triomf de la Companyia d'aquest teatre ab la hermosa comedia en 5 actes *L'amich Fritz*, magnificament desempenyada per las senyoras Xirgu y Faura y senyors Giménez, Guitart, Aymerich, etc. — Avants 's posará en escena la xapeiant comedia en un acte *Tot ha anat bé, es un noi*.
Vals en «El Ingeni». Raurich, 6; Sombrereria Gili, Hospital, 18; Restotgeria Mullor, Baixada de la Presó, 8, y Joveria Pomar, Rambla de Catalunya, 110.

Crónica diaria.

Unión de Viticultores de Cataluña.

Esta entidad ha celebrado un mitin de propaganda en Mollerusa.

Presidió el señor Puig de la Bellacasa, acompañándole el presidente del Sindicato de regantes, señor Jaques, el vocal de la Cámara Agrícola de Cervera señor Saura y otras personalidades de la comarca.

Hicieron uso de la palabra los señores Fortuny, Parellada, Bernadas y Puig de la Bellacasa, explicando lo que es la Unión, su organización y fines.

Lo más importante del mitin fué el parlamento del presidente de la Unión, quien explicó el alcance de las conclusiones aprobadas por la última Asamblea, demostrando la falsedad de la argumentación de los que combaten la parte segunda, relativa á la necesidad de promover una corriente de opinión en España favorable á la declaración de cosecha y guías de circulación de los vinos, por cuanto hacen afirmaciones por las que demuestran desconocer la finalidad de la declaración y guías.

Negó rotundamente la especie propalada atribuyendo á los ampurdaneses el ser partidarios de aguar el vino, pues, por lo contrario, entienden que es una adulteración de gran importancia que debe perseguirse implacablemente; á lo único que tiende la enmienda presentada por el señor Celsina á la conclusión tercera es á que, en caso de permitirse el encabezamiento con alcohol vínico de los vinos de baja graduación, se consienta adicionar agua al mosto de los de graduación alta, únicamente como compensación.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos, inscribiéndose al finalizar el acto buen número de asociados y constituyéndose distintas delegaciones locales de Urgel.

Gacetilla.

En el local social de la Defensa del Profesorado particular de Barcelona dió su anunciada conferencia sobre Higiene escolar el doctor Verdercau.

Hecha la debida presentación por el presidente de la entidad, el doctor Verdercau,

comenzó diciendo que venía á constituir un delito de lesa humanidad por los niños el consentir que se instruyeran en edificios que carecían de las más rudimentarias reglas de la Higiene, haciendo en apoyo y confirmación de su tesis un admirable parangón entre lo que son los edificios escolares en algunas naciones de Europa y América y los que en España se destinan al mismo objeto. Añadiendo que precisamente el Congreso de Higiene Escolar que se ha de celebrar próximamente en el Palacio de Bellas Artes no perseguía otra cosa sino el formar un estado de opinión que exija el mejoramiento de aquéllos.

La concurrencia, que era numerosa, aplaudió al doctor Verdereau.

Han sido jubilados por edad los siguientes maestros de esta región: don Narciso Ferró Ferrer, de Sabadell; don Ramón Furony Muns, de Barcelona; don Andrés Torralba Pueyo, de Maulleu; doña Esperanza Xicoy Forn, de San Aciscio de Vallalta; don Juan Miravet, de Vacarissas; don Pedro Puig, de Arbucias (Girona); don Francisco Saperas Queralt, de Poboloda, y don Juan Giralt Grisct, de Ulldcona (Tarragona).

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar á sus destinatarios:

Las Palmas, Paula Belcian, Consejo de Ciento, bis; Milán, Banch, 46; Cartagena, José Vicente, Sardanás, 289; Epila, Manuel Mier, Santa Brígida, 16, 5.º; Milán, Driones; Málaga, Mercedes García, San Rafael, 5, 5.º; Niza, Robert Dugas, L. sta.

Bolsin mañana.

Interior, 85'50 papel; Nortes, 97'50 dinero; Alicante, 95'50 dinero; Andaluces, 85'55 dinero; Orenses, 25'00 operaciones.

EN PLENA CIVILIZACIÓN.

Evernden mata á Belli.

Sabido es que en el ring del Eliseo de Montmartre contendieron Rafael Belli, uno de los mejores boxeadores franceses, y el inglés Arturo Evernden.

El pugilato era á 15 rounds. Se vió enseñada que Belli dominaba todas las tretas, todas las pericias de su arte. Desde el primer instante jugó con su adversario: le asestó los más bonitos golpes y tuvo la benevolencia de perdonarle otros muchos. Así transcurría el pugilato hasta el duodécimo round. Evernden, todo mohino, acechaba una coyuntura para saltar sobre su rival. Y de pronto, aproximándose mucho á Belli, le dió un terrible golpe — de esos que en el argot de los boxeadores se llaman de gancho — en el plexus solar, donde confluyen los músculos de la respiración. Belli vaciló medio minuto y al fin dejó caer laciaamente sus brazos á lo largo del cuerpo. La cabeza también se le inclinó de un lado. Estaba el luchador *knout-out-debout*, como dicen los técnicos.

Evernden, entonces, aporreó, tundió reciamente, rencorosamente á su adversario, sobre todo en la mandíbula inferior y en el costado izquierdo. Belli se abatió contra el suelo, estiró los brazos y las piernas, y como

yacía tan rígido, los espectadores invadieron la pista y recriminaron al juez de la lucha.

Habla Evernden.

Dumas, juez instructor, ha interrogado á Evernden y á varios testigos.

Arturo Evernden nació el 19 de Enero de 1886 en Ditton, cerca de Maidstone, condado del Kent (Inglaterra), y vive en Berbey Road Nortumberland-Heath-Betvedero y era herrero. Es casado y tiene dos hijos.

A preguntas del juez ha contestado:

—Protesto contra toda acusación de amosidad hacia mi adversario. Era un excelente camarada. Poco antes de empezar el pugilato departíamos entre bromas. Es cierto, sí, que en el duodécimo round yo aprobeché un instante de vacilación de Belli para darle dos golpes rápidos: el uno en la mejilla derecha y el otro en la mandíbula. Vi que Belli caía y no se levantaba más. El primero en sorprenderse, en asustarse, he sido yo. Llevaba yo guantes reglamentarios de seis onzas. No creo que la muerte de mi pobre amigo se deba á mis puñetazos, sino á su caída violenta contra el ring.

Por consejo de los médicos Belli fué transportado al Hospital de Lariboisiere, donde

después de doce horas de agonía, expiró. Los cirujanos del Hospital diagnosticaron una fractura del peñasco, porción delgada de hueso temporal, según se sabe.

Rafael Belli, de origen italiano por su padre, era francés, natural de Nantes, y no había cumplido aun veintitres años.

Una información.

Se ha abierto una información para depurar el grado de culpabilidad de Evernden.

El juez instructor ha comisionado al doctor jurista Baltazard para que haga la autopsia del cadáver de Belli. Hay una ordenanza de policía referente a la autorización de los asaltos de boxeo que dice así:

Los asaltos de boxeo no deben nunca convertirse en combate. No han de dejar de ser una sencilla demostración. Se prohíben los golpes que puedan inferir heridas.

¿Ha habido en este caso infracción de la tal ordenanza? El público dice que sí; Evernden dice que no.

Habla el árbitro.

El árbitro de la lucha, Jean Moues, de treinta y cuatro años, profesor de boxeo en el Circolo Hochie, ha dicho:

—Al principio del décimotercio round hubo un corps à corps entre los contendientes. Yo grité ¡Break!, y pasé entre los dos para separarlos. Advertí que Belli tenía los ojos fijos, los brazos caídos y que avanzaba hacia mí sin ocuparse, al parecer, de su adversario. Vaciló un cuarto de segundo y Evernden estuvo también perplejo; pero, repuesto de esta indecisión, se precipitó sobre Belli y le asestó un certero y rotundo golpe en la mandíbula. Belli cayó desplomado. Sospecho que durante el corps à corps Belli había recibido en el estómago un golpe que le cortó la respiración, dejándolo desamparado. Pero la lucha fue leal.

En París se habla mucho de este pugilato mortal.

Hasta el próximo.

Cuánto gasta un hotel.

Seguramente habrá pocas personas que se figuren lo que representa el negocio de los grandes hoteles de Europa.

Para establecer uno de esos grandes palacios que se ven en las capitales extranjeras se necesita un capital en proporción a los ingresos y gastos del negocio. Hay hoteles de éstos donde sólo la cuenta de la compra asciende á setecientas ó novecientas mil pesetas anuales. El número de camareros de los comedores no baja de ciento cincuenta ó dos-

cientos, y para el arreglo de las habitaciones hay centenares de doncellas y criados. Todas las habitaciones tienen teléfono, y en los sótanos funciona una fábrica de electricidad y una instalación de calderas para la calefacción. Las máquinas consumen de ocho á diez mil toneladas anuales de carbón, y las dinamos producen millones de hectovatios.

Un hotel de éstos necesita para sostenerse un ingreso diario de cuatro ó cinco mil du-

Idiomas y dialectos.

Se cuentan unos 3,424 idiomas y dialectos hablados en el mundo. Se distribuyen de la manera siguiente:

América, 1,624; Asia, 937; Europa, 587; África, 276.

El inglés se habla por 150 millones de personas. El alemán por 120 millones. El ruso por 90 millones. El francés por 60 millones. El idioma de Cervantes lo hablan 55 millones. En italiano se expresan 40 millones de individuos y en portugués 30 millones.

Examinando cien mil voces inglesas, tenemos que 60,000 son de origen teutónico, 30,000 proceden del griego ó del latín y 10,000 de

otras fuentes.

El New Standard Dictionary de la lengua inglesa contiene aproximadamente 425,000 palabras.

El Kirschner's Universal — Conversations — Lexicon contiene 300,000 vocablos, incluyendo los nombres propios, mientras que otro diccionario alemán, el de Grimm, anota solamente 150,000.

El diccionario francés de Littré trae 210,000 voces. El ruso, por Dahl, 140,000.

El español tiene 120,000 palabras. El italiano 140,000.

Rubias y morenas.

Cuando Victor Hugo quería pintar a la mujer, siempre la concebía rubia; así, siempre vemos a través de las literaturas más diversas pasar a lo lejos de nuestros sueños el cortejo de las heroínas rubias.

Así eran todas las antiguas diosas: Ceres, que mezclaba sus cabellos con las espigas doradas que arrancaban sus manos; Afrodita, con sus bellos ojos azules y su cabellera rubia, cuya vista encantaba a todo el mundo; Fryné con un gesto divino desataba su túnica y dejaba rodar sus cabellos de oro; más cerca de nosotros pasan la Beatriz del Dante con sus ojos soñadores y Laura la de Petrarca. En el balcón del amor Julieta envuelve y acaricia a Romeo con sus rizos rubios, que le oculta también la aurora nefasta. La rubia Desdémona acoge con sus trenzas sueltas y con amor ferviente al héroe moro, y cerca de las torres de Elsenaur, sobre las ondas limpiadas, la cabellera de Ofelia parece un rayo de sol sepultado en las ondas.

Entre las brumas del Walhalla, las rubias diosas del Norte interrogan a Wotan, pensativo, donde sepultó el cadáver de la rubia Isenti, que murió sobre el de su amante; en su estrecho jardín Margarita esconde el rubor y sus tristes recuerdos bajo los pliegues dorados de sus cabellos de ámbar.

Y todas estas heroínas diversas, todos esos amantes adorados tienen el encanto que llaman y retiene, la gracia tímida que ablanda el corazón y la debilidad que encadena. Será

sólo el color del cabello? Pero, ¿entre tantos siglos, entre tantos pueblos diferentes y tantas literaturas diversas las morenas se han olvidado? Estas tienen también sus adoradores, éstas también tienen sus guirnalda poéticas, menos numerosas, es verdad, que las rubias, pero no menos precisas. El Cántico de los Cánticos ensalza las morenas hijas de Judea. ¡Oh, hijas de Jerusalem! Yo soy morena y tengo gracia. "El sol me ha tostado al mirarme."

Si las gracias son rubias, las musas son morenas y Andrómada en la isla de Cielade escondía la blancura de sus manos en los rizos oscuros de su cabellera.

Como las rubias, las morenas tienen sus heroínas y sus amantes famosos.

La soberbia Cleopatra, amante de César y de Antonio, le gustaba rodearse de esclavas rubias, cuyo círculo luminoso hacía resaltar el brillo de su belleza oscura; la gran Safo y Leonor de Parny y Camila de Andrés Chénier aseguran el valor de la tez morena.

En Roma hubo una época en que el color negro del cabello era el de las mujeres honradas y que, según la ley, sólo las cortesanas debían llevar los cabellos amarillos ó azules. También nos dice la Historia que Mesalina, cuando abandonaba por la noche el palacio imperial para ofrecerse a precio de oro a los pasantes de Suburre, tenía cuidado de ocultar sus cabellos negros con una peluca rubia.

El crecimiento y la electricidad.

En Suecia se ha verificado un ensayo de gran trascendencia, pero cuyos resultados no es prudente todavía aceptar sino bajo toda clase de reservas.

Los botánicos han demostrado de un modo indudable la posibilidad de acelerar el crecimiento de las legumbres por medio de corrientes eléctricas procedentes de una pila de dinamo.

Este resultado dio origen á que los sabios bucos, ampliando el campo de sus estudios en idéntico sentido, se interesaran en averiguar si los mismos procedimientos podían ejercer igual influencia en el desarrollo de la especie humana. A este efecto comenzaron á hacer nuevos experimentos, consistentes en la formación de dos grupos de veintiocho ni-

ños cada uno, lo más semejantes entre sí por la salud, la talla y el peso. Ambos grupos trabajaron en dos clases de las mismas dimensiones é igualmente ventiladas y alumbradas. Uno de los grupos estuvo constantemente expuesto á la influencia de corrientes eléctricas, mientras el otro trabajaba en las condiciones normales.

Después de la prueba, que ha durado mucho tiempo, se ha establecido la comparación entre los dos grupos, resultando, según se dice, que los niños sometidos á las corrientes eléctricas han aventajado física y moralmente á los otros; es decir, han crecido más, se han hecho más fuertes y han mostrado, en general, más aptitudes y gran superioridad intelectual.

—Le ruego, señor conde, que me deje y se vaya—exclamó la joven frunciendo las cejas—; hemos hablado bastante. Si el pasado para usted no evoca más que dulces recuerdos, en cambio á mí me recuerda una historia nauseabunda, infame. No agrego más porque creo que ya me ha comprendido usted. Adios.

Echó á andar, pero Darío la alcanzó.

—Alda, responde, ¿qué ha hecho de nuestro hijo?

La terrible mirada de odio que la *Bella Turinense* le dirigió dejóle anonadado.

—Pregúntelo á su asesino—respondió ella con voz siniestra, que ahogó sus vagidos en el mismo seno de la madre...

Y apartando con el manguito al conde, que había quedado inmóvil, estupefacto, Alda se encaminó al lugar en que su carruaje le aguardaba.

Darío permaneció algunos instantes con la mirada fija en el suelo. Cuando levantó los ojos, la *Bella Turinense* había subido ya á su coche y se ponía éste en movimiento.

—No me huirá siempre—exclamó—Darío. Sufriré humillaciones y amenazas con tal de que vuelva á ser mía; aunque á su lado encontrase la muerte no retrocederé.

Cuando volvió á su casa á la hora de comer, no se mostró sorprendido ni disgustado al saber que la condesa había salido y á su regreso se había metido en el lecho con fiebre.

Darío comió solo y cuando acabó se encaminó á las habitaciones de Vittoria.

—¿Y la señora?—preguntó á la camarera con acento grave.

—La señora condesa duerme.

Darío hizo ademán de apartar á la camarera; pero ésta permaneció firme en su puesto.

—¿Y no se mueve? ¡Quiero pasar!

—La señora condesa ha rogado que nadie entre en la alcoba...

—La consigna no reza para mí—replicó Darío bruscamente.

Y, rechazando á la joven, avanzó y dirigióse á la alcoba de su esposa.

La estancia estaba envuelta en una semi-oscuridad; las ventanas estaban cerradas, la luz debilísima de la lámpara dejaba el lecho en las tinieblas.

Darío levantó con mano trémula el cortinaje y vió á Vittoria inmóvil, con el rostro sepultado en la almohada, de modo que habría sido imposible saber si dormía ó estaba despierta.

La joven tenía los cabellos en desorden, esparcidos sobre la espalda.

El conde la contempló en silencio durante unos minutos; estuvo tentado de llamarla; pero después, cambiando de pensamiento, dejó caer el cortinaje y retrocedió de puntillas.

Un cuarto de hora después salía nuevamente de su casa y, no sabiendo cómo pasar la noche, se dirigió al Regio, esperando encontrar allí á Alda, cuya encantadora imagen no podía desechar de la mente.

La *Bella Turinense* no estaba en el teatro.

Entonces el conde salió del Regio y, aunque la noche era bastante fría fué á pie hasta el palacete donde habitaba Alda, mirando ávidamente las ventanas, siguiendo el vagar de las luces, tratando de adivinar cuál era la alcoba de la joven.

El cielo se había oscurecido y comenzaba á lloviznar; á pesar de esto, Darío se puso á pasear por delante del palacete.

De repente una carroza que llegaba rapidísima se detuvo delante del palacete; descendió un hombre que se volvió para pagar al cochero; la luz del farol le iluminó el rostro y Darío reconoció á Mauricio.

Éste no se fijó en el conde; después de pagar al cochero, entró en el vestíbulo de la casa.

Darío sintió un arranque de ira, de odio, de celos.

¿Era, pues, Mauricio el amante de Alda? ¿Era él el afortunado rival? ¡Ah! ¡Él había adivinado las relaciones de aquellos dos seres y comprendía en aquel momento la invencible antipatía que le inspiraba aquel hombre!

Y Alda le amaba y quizás le había revelado todos sus secretos.

Tembló á esta idea, pero pronto sonrió.

Si Mauricio hubiese sabido la tremenda verdad, no habría dejado de avisar al marqués de Castellazzo, se habría opuesto á aquel malaventurado matrimonio.

Pero cómo Mauricio, que sólo poseía una modesta renta, podía mantenerla en aquel lujo?

La historia del príncipe era una fábula; sin embargo, ¿existía un hombre que llenaba de oro á Alda, mientras que Mauricio era el amante preferido?

Y de deducción en deducción, llegó hasta creer que Alda había amado á Mauricio antes de ser suya y que sus relaciones habían continuado siempre, aunque ocultamente, para que no llegasen á oídos de los padres de Lilla.

La rabia de Darío no tenía ya freno; sus ojos se inyectaron en sangre.

Se convertía en el bribón de otros tiempos, con los instintos sanguinarios brutales; su mano corrió al bolsillo como para buscar un cuchillo, y, no encontrándolo, lanzó una sorda imprecación.

Darío se puso á andar rápidamente por el arroyo, al azar, con la cabeza inflamada, el corazón atrocemente torturado.

Pero aquella carrera desordenada le calmó y comprendió entonces que habría sido una locura abandonarse á cualquier acto desesperado; habría promovido un escándalo, se habría perdido, sin obtener nada de Alda y sin desembarazarse de su rival.

Espantado al pensar en lo que había estado á punto de hacer, temblando á la idea de que pudiera resurgir el pasado, de que se le descubriese, dejó la cabeza y, profundamente abatido, tomó la dirección de su casa.

SEGUNDA PARTE

El secreto de una noche.



ACÍA poco que habían tocado las once. Vittoria se encontraba en su alcoba, pero no se disponía á acostarse. Después de despedir á la camarera, se puso á girar nerviosamente por la estancia. Tenía el rostro encendido y parecía que en su interior se desarrollase una lucha que la torturara atrozmente.

—Si no fuese por mi padre, prescindiría de consideraciones—dijo de repente con voz ronca.

Hablando así estaba admirable; el furor, que acrecentaba el brillo de sus ojos, daba á la expresión de su rostro una fascinación particular.

Vittoria no amaba ya á su marido y la idea de encontrarse sola con él la ponía frenética; sin embargo, no podía soportar el pensamiento de que él se hallase bajo el poder de otra mujer.

Pero ¿qué sabía ella? ¿Había llegado á sus oídos alguna maledicencia?

No; pero estaba segura de que su marido la engañaba. Había adivinado lo que Darío procuraba ocultarle, mostrándose ora inquieto, nervioso, ya mordaz, agresivo en la intimidad.

Darío desahogó en su esposa la rabia que le produjo el ver á Mauricio visitar á Alda. No la ocultó las relaciones de Mauricio con la cortesana; pero

lo hizo con tal ímpetu, mostrando en los ojos la rabia intensa que le dominaba, que Vittoria le dijo mirándole con desprecio:

—Tenga siquiera el pudor de ocultar los celos que siente.

El conde palideció; pero, no queriendo mostrarse humillado, respondió vilmente:

—Yo no sé fingir, como usted.

Vittoria, herida en su corazón y en su orgullo, al oírse repetir por su padre y por los amigos y conocidos que ella y Darío formaban una pareja envidiable, pensó poner á su madre al corriente de lo que sucedía.

Pero la necia beata no podía comprender la entereza de aquel corazón ulcerado.

A las primeras palabras de Vittoria contra su marido, la marquesa de Castellazzo la interrumpió bruscamente:

—No quiero oír nada contra Darío, que es bastante mejor que tú; no, no merecias tal marido con la detestable educación que te ha dado tu padre. Si tratas de acusarle á él es porque tienes tú misma algo que reprocharte. Tu marido, que viene á verme con más frecuencia que tú y que tu padre, y que ayer mañana almorzó conmigo, no hizo más que repétirme que todos los días daba gracias á Dios por haberle deparado una compañera como tú; demuestra adorarte. Y tú tratas de desacreditarlo á mis ojos, pero no lo lograrás; os conozco á ambos y te digo que si continúas imitando á tu padre no lo pasarás muy bien.

Vittoria, que se contenía á duras penas, cuando su madre acabó de hablar dejóse llevar de la indignación y defendióse, llamando hipócrita y gazmoño á su marido.

Entonces la marquesa levantóse bruscamente y, tendiendo un brazo hacia su hija, exclamó con desdén:

—¡Vete, no me obligues á renegar de ti! Mientras te duren tan malos sentimientos no comparezcas en mi presencia. Ya sabes que Dios castiga á los hijos que se rebelan contra sus padres; yo rogaré al Omnipotente que te aparte del mal camino.

Vittoria, pálida como una muerta, se retiró.

Si el marqués de Castellazzo se hubiese enterado de aquella escena, su esposa habría pasado un mal rato; pero él lo ignoró.

Vittoria estaba dispuesta á ocultarle siempre la verdad.

Entretanto, en sociedad se notaba su seriedad, su preocupación, y como su esposo la colmaba de atenciones, de cuidados delante de la gente, se comenzaba á murmurar de ella, mientras del conde se seguían haciendo elogios.

También en familia los criados juzgaban peor á Vittoria que á su esposo. Porque alguno había sorprendido á la condesa dando con la puerta de su alcoba en las narices al conde, sin que éste se rebelase ni hiciese más que mostrar un disgusto que le hacía más interesante.

Lilla fué á pasar algunas horas en compañía de su amiga; pero ésta no le confió nada de sus sufrimientos.

Y turbaban á Vittoria las miradas de Mauricio, que parecían interrogarla cada vez que la encontraba al lado de su prometida.

Así, un día, mientras Lilla iba á otra habitación con su madre á buscar un dibujo que Vittoria había pedido, Mauricio dijo á la condesa, con la cual había quedado solo:

—Esté en guardia, señora, que tiene enemigos que tratan de perjudicarla.

El rostro de Vittoria se encendió primero y después se puso palidísimo.

¿Se hablaba de ella en casa de la cortesana?

Y pensando que Mauricio era el amante de ésta, experimentó un sentimiento de disgusto invencible que la hizo mirar al joven con desdén.

Mauricio no lo notó y continuó en voz baja:

—No la faltan tampoco amigos fieles que velan por usted y yo soy el más devoto.

Vittoria fué á responder con altivez, pareciéndole que aquellas palabras contenían un insulto; pero la señora Rossi regresaba en aquel momento con su hija.

La joven condesa se dominó; pero, de regreso á su casa, lloró como una niña, presa de una dolorosa emoción.

Y aquella noche en que la vimos pasear irritada por la alcoba, había sufrido una humillación atroz que no olvidaría fácilmente.

Paseaba en coche descubierto, con su marido, por el Corso Vittorio Emanuele, cuando pasó por su lado el carruaje de Alda.

La *Bella Turinense* había dirigido á Vittoria una mirada que á ésta le pareció de compasión, mientras que con Darío cambiaba una casi imperceptible sonrisa.

Vittoria sintió encenderse las mejillas y necesitó una gran fuerza de voluntad para mantenerse tranquila y sostener la mirada de la cortesana.

El conde pensó que cuando regresasen á su casa su esposa le dirigiría cargos; aguardaba un ataque de nervios, algo extraordinario.

Y procuró evitarlo.

—Querida mía—exclamó de repente, sonriendo y en voz alta para que le oyesen los criados—, me olvidaba decirte que esta noche ceno fuera, porque estoy invitado por unos amigos que celebran la llegada de un antiguo socio de nuestro Círculo. Se trata de un simpático joven que ha pasado algunos años en las Indias. No te veré ya quizás hasta mañana; así, pues, si quieres pasar la velada con tu padre, te acompañaré á su casa.

—No, gracias—respondió friamente Vittoria—; mi padre difícilmente tiene las noches libres; me lo dijo ayer mismo; así, pues, regreso á casa y me acostaré temprano, porque siento un principio de jaqueca.

—Entonces, no te dejes.

—¿Por qué? Sería un sacrificio por tu parte que en nada me beneficiaría; porque el mejor remedio contra la jaqueca es la soledad, el reposo y la tranquilidad.

—Tienes razón; espero verte mañana restablecida.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas mientras el carruaje se detenía delante del palacete.

El conde dió la mano á su mujer para que descendiese, fingiendo no notar que los dedos de la joven, al contacto de los suyos, se habían puesto fríos, rígidos.

Vittoria se encerró en sus habitaciones. Sentía el pecho oprimido, respiraba dificultosamente. Permaneció pensativa unos instantes y después cayó desvanecida sobre el diván. Pero aquel síncope fué breve.

Pronto se puso en pie con ademán violento, llamó á su camarera, se hizo cambiar los vestidos y se puso á charlar animadamente.

Procuraba aturdirse; pero en el comedor los criados notaron que tenía la frente contraída.

Apenas probó la cena, y, después de dar las oportunas órdenes para el día siguiente, regresó á sus habitaciones y se encerró con llave.

Primero lloró mucho, después permaneció largo tiempo embebida en dolorosas fantasías, y luego, como vemos, fué presa de un acceso de furor.

—¡Padre mío—exclamó mirando un retrato del marqués que había en la alcoba—, si tú vieses en este momento á tu pobre hija! Pero yo misma firmé la condena y sabré sufrir todas las consecuencias.

Vittoria pasó á su tocador y abrió para respirar la vidriera que daba á la galería.

La noche era oscura; pocas estrellas brillaban en el firmamento y su trémula claridad no llegaba á iluminar la silenciosa tiniebla de la tierra.

Vittoria levantó los ojos al cielo; la brisa nocturna la refrescó la frente; los latidos violentos de su corazón se calmaron un poco; un ligero bienestar, una sensación extraña, indefinida, hinchó su pecho, cambiando su dolor en una dulce melancolía.

Vittoria habría permanecido allí mucho tiempo, no cuidándose del frío, si no hubiera oído un ligero ruido que la hizo estremecerse.

Le pareció que abrían la otra vidriera del pabellón.

Vittoria no se había cuidado de saber quiénes fueran los vecinos.

El conde la dijo que el pabellón había sido alquilado por su notario á un caballero, casado, sin hijos, un hombre serio, distinguido, que hacía poco tiempo que había llegado á Turín. Vittoria ni siquiera le preguntó el nombre.

Sin duda la esposa de aquel caballero ó él mismo, presa del insomnio había abierto la vidriera.

Vittoria, temiendo que la vieses y un poco disgustada porque la hubiesen importunado, se retiró, y para no hacer ruido dejó la vidriera semi-abierta.

Al retirarse le pareció ver una especie de sombra al lado de la cancela que dividía la galería, pero no hizo caso.

Regresó á su alcoba; no tenía sueño.

Sentóse en una poltrona y se puso á fantasear; pero la labor de su mente no era ya febril, exaltada, como antes.

De repente, en el silencio, le pareció oír que pronunciaban su nombre.

pero tan débilmente, que, después de un ligero sobresalto, una sonrisa entreabrió sus labios.

Había sufrido una alucinación, debida quizás á los turbulentos pensamientos que descomponían su cerebro.

—¡Estoy aquí sola!—murmuró.

Y juntando las manos agregó en voz alta y angustiada:

—Querida Lilla, si te hubiese dado oídos aquella noche, ahora no me encontraría tan aislada ni tan infeliz. Tú me predijiste esta vida de infierno; Pero ¿quién te lo había avisado?

—Fui yo, señora condesa—dijo una voz conmovida de hombre.

Y por la puerta del tocador compareció Mauricio.

El joven mentía; pero obraba así para que Vittoria le escuchase y no le rechazase.

El joven había visitado á la *Bella Turinense*, llevándola la esquelita de *Pinola*.

Alda le acogió al principio con una alegría infantil; deseaba tanto tener noticias de su amiga!...

Pero cuando supo quién era, se encerró en una prudente reserva.

Si el prometido de Lilla, la amiga de Vittoria, había buscado un pretexto para hablarla, era porque perseguía algún fin determinado. Tal vez la misma condesa, sospechando algo, temiendo por sí y por su esposo, había enviado al joven para que descubriera los pensamientos, los propósitos de ella.

A esta idea Alda experimentó una violenta impresión que la hizo erguir con altivez la cabeza y mirar con altanería á Mauricio.

Y aun cuando éste fingiese no notarlo y tratase hábilmente de arrancar alguna confesión á la *Bella Turinense*, ésta se encerró en una impenetrable reserva.

Cuando se iba á despedir de ella, se oyeron pasos en la habitación contigua.

Mauricio no se movió; pero Alda, pálida como una muerta, le empujó hacia un gabinete, haciéndole señal de que callara y suplicándole con los ojos que no se moviera.

Todo esto sucedió con la rapidez del relámpago.

Mauricio se encontró en una habitación oscura, obligado á no hacer ningún movimiento que pudiera descubrir su presencia, respirando con fatiga por una molesta palpitación del corazón.

La puerta de aquel gabinete no estaba bien cerrada, pero el portier se hallaba completamente corrido.

No obstante, Mauricio oyó enseguida una voz que le hizo sobresaltarse.

La había reconocido. Era la voz del marqués de Castellazzo.

¿Él el amante de Alda? ¿Él el protector incógnito?

Aquí había un misterio que á toda costa era preciso descubrir.

El joven aguzó ávidamente el oído.

—¿No has salido esta noche, amor mío?—decía el marqués.

—No—respondió Alda—; me encontraba enferma.

—En efecto, está muy pálida... ¿Por qué no se mete en cama?

—No tengo sueño.

Hubo un momento de silencio. Después el marqués dijo:

—Alda, la encuentro con tanta frecuencia triste y nerviosa que temo sea mi presencia la que la ponga así.

—No diga eso, señor marqués; usted es la única persona que veo con gusto.

—¿Siente realmente lo que dice, Alda? Perdóneme mis dudas; pero ya sabe cuánto la amo.

Y después de algunos instantes de silencio agregó:

—Alda, ¿usted piensa aún en el hombre que la abandonó después de deshonrarla? ¿Le ha vuelto á ver quizás?

—Sí...—respondió con voz sorda la *Bella Turinense*.

—Y... ¿le ama aún?

Una estridente carcajada llegó á los oídos de Mauricio y le hizo temblar.

—¡Amarle aún! No lee usted bien en mi corazón, señor marqués. Yo le odio y no estaré contenta hasta que no le deshonre y envuelva en su ruina á su esposa y á todos sus parientes.

—Alda, me da usted miedo—dijo el marqués—. Su venganza contra seres inocentes me parece injusta.

—También yo era inocente y no vacilaron en sacrificarme.

—Pero su verdugo fué uno solamente.

—Su esposa había sido advertida antes de que se casara; le dijeron lo que la aguardaba si no renunciaba á aquel miserable; lo quiso y será castigada.

—Alda, yo no le pregunto el nombre de ese hombre, que hasta yo odio porque ha causado á usted tantos sufrimientos; sólo quisiera saber si se trata de un obrero.

—Los pobres entre ellos no se engañan, señor marqués. El hombre que me ha burlado, humillado, pertenece á la aristocracia; es rico y respetado.

—¿Qué podrá usted, entonces, contra él?

—¡Lo podré todo!

Hubo un nuevo silencio.

Por la frente de Mauricio corrían gruesas gotas de sudor.

El marqués reanudó la conversación.

—Alda, es usted una mujer extraña, quizás única en el mundo.

—Lo sé y estoy satisfecha de ello. Además, ¿no fué la rareza de mi carácter la que le atrajo á mí? Si me asemejase á las demás mujeres, quizás no me amaría usted tanto!

—Tiene razón; sin embargo, le repito, me da miedo. Me parece que en torno de usted se desarrolla un terrible drama del cual usted es la protagonista y en el que hasta yo represento un papel.

Alda prorrumpió de nuevo en una carcajada seca.

—Bien puedo afirmar sin vanagloriarme—nos dijo Berta Beaugency—que acabo de pasar por una terrible crisis. Cuando oigo elogiar la habilidad de algunos ministros de Hacienda para salvar las dificultades del presupuesto me río como una loca y no tengo más remedio que cacogerme de hombros.

A pesar de la elegancia de mis trenes, días atrás no tenía yo ni diez céntimos en casa.

En tal situación se puede comprar un carruaje porque no hay que pagarlo en el acto y, en cambio, no hay manera de entrar en un estanco en busca de un sello.

Estaba cargada de deudas y mis acreedores me embargaron todo cuanto poseía.

Sólo me exceptuaron algunos muebles y mi magnífica cama Luis XVI, que es una joya soberbia, una maravillosa obra de arte, exactamente igual á la que la reina María Antonieta tenía en Trianon.

II

Un día recibí la visita del barón Samuel, al cual dije á boca de jarro:

—Debería usted comprarme mi cama Luis XVI. Se la vendo á usted por 15,000 francos y de este modo saldré tal vez de mis apuros del momento.

—No me parece mal la proposición—me contestó Samuel—, pero hay un gran inconveniente.

—¿Cuál?

—Que no puede usted vender ese mueble.

—¿Por qué?

—Porque esa cama es el último objeto que responde del año de alquiler que usted debe y el portero no la dejará salir de la casa.

—Le apuesto á usted lo que quiera á que mañana tiene usted el mueble en su hotel.

—No es posible. Sin embargo, si usted lleva á cabo la operación le daré inmediatamente los 15,000 francos.

—¿Ya usted verá de lo que es capaz mi ingenio!

III

Estuve meditando durante todo el día. En verdad no era fácil ocultar una masa tan

enorme. No había que pensar en sacarla por la ventana ni por la escalera, toda vez que Simón, mi portero, estaba siempre muy alerta desde que se realizó el embargo que pesaba contra mí.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, dos dependientes de una tapicería detenían ante la puerta de mi casa una carreta en la que había una famosa caja de madera.

Los dos hombres descargaron el bulto, que, al parecer, era extraordinariamente pesado.

—¿A dónde van ustedes con eso?—preguntó Simón.

—A casa de madame Beaugency, que compró ayer esta magnífica arca.

—¿Está pagada?

—No; pero traemos la factura.

—¿Quieren ustedes que les dé un consejo?—dijo el canalla del portero—. Evítense ustedes el trabajo de subir esa caja, porque madame Beaugency está á la cuarta pregunta y no podrá pagar la cuenta que van ustedes á presentarle.

—Ya que está aquí el bulto, no hay más remedio que subirlo.

—Como ustedes quieran; pero no cobrarán ustedes ni un céntimo.

Haciendo grandes esfuerzos, los dos hombres empezaron á subir lentamente la caja. De cuando en cuando se detenían en la escalera para tomar aliento. Daba lástima verlos. Durante este tiempo el idiota del portero se reía á carcajadas.

Como ustedes habrán comprendido, la caja estaba vacía. Los dos individuos eran grandes artistas que desempeñaron con inimitable verdad el papel de mozos de cuerda.

En menos de un cuarto de hora mi cama Luis XVI, desmontada de antemano, fué perfectamente embalada y los dos hombres bajaban de nuevo su carga. ¡Y cosa singular! Cuando la caja estaba realmente llena mis dos cómplices daban menores pruebas de fatiga que antes, lo cual demuestra una vez más que el arte es á veces superior á la Naturaleza.

Al llegar á la portería, Simón les preguntó con sorna:

—Bueno, ¿y qué ha pasado?

—Lo que usted había previsto. La señora no nos ha podido pagar la factura y no nos hemos atrevido á dejarle la caja en vista de la desconfianza que usted nos había hecho.

concebir. Y aquí nos tiene usted otra vez con nuestra carga á cuestas.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamó el portero con aire de triunfo.

Y como satisfecho de haberme jugado una mala pasada, ayudó á los dos hombres á colocar el bulto en la carreta.

IV

No hay palabras con qué describir la sorpresa del barón Samuel al abrir la caja.

El comprador me envió acto continuo los quince mil francos, suplicándome en una carta que le explicara la estratagemata de que me había yo valido para realizar mi atrevido é inverosímil proyecto.

Pagué algunas de mis deudas, satisface el alquiler de la casa y ahora disfruto de un crédito envidiable.

Esto durará lo que dure... y después... ¡ve veremos!

RICARDO O'CONNOR.

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales. Madrid, provincias y extranjero.

Militares.

Madrid, 19 Marzo.

En breve se dará orden de cambiar el gorro redondo que usa la tropa por el antiguo gorro de cuartel que todavía llevan los generales, escolta real y alabarderos.

Se ha dispuesto el empleo de guante blanco por la tropa en los días de gala y media gala y de color avellana para diario é invierno.

La clasificación de soldados con arreglo á la nueva ley de reclutamiento presenta en todas partes tristes consecuencias al cumplirse las instrucciones dictadas por la Junta facultativa de Sanidad Militar respecto al peso, talla y medida torácica de los mozos sorteados.

En Granada fueron alistados 665. Se han presentado á reconocimiento 544 y el reconocimiento de éstos ha dado el siguiente resultado:

Inútiles totalmente por falta de peso, talla ó perímetro torácico, 105. Inútiles temporales por deficiencias en el peso, talla ó medida torácica, 215. Total de excepciones declaradas por los expresados conceptos, 316.

Útiles para el servicio militar, 195; es decir, que aun prescindiendo de las excepciones que se declaran además en favor de los hijos de viuda pobre y padres sexagenarios, que representan una apreciable reducción en el número de soldados definitivos, resulta que sólo por razón de peso, talla y medida torácica se deduce del contingente reconocido el 59 por 100, declarándose físicamente útiles el 41 por 100.

Ahora bien; si de los 665 mozos alistados en Granada se deducen los prófugos, los exceptuados por causa física, los verdaderamente inútiles con arreglo á los antiguos cuadros y los condicionales por razón de circunstancias de familia, el número de soldados que podrán incorporarse á filas es posible que no exceda de 120, ó sea el 18 por 100 de los alistados.

Como en otras provincias se dan casos parecidos á este, se teme que sólo puedan incorporarse á filas unos 40,000 hombres, y, en vista de esto, el ministro de la Guerra y el Estado Mayor Central han interesado de la Junta de Sanidad militar que rectifique su pristino criterio para contrarrestar los efectos de los errores sufridos.

Por una moza del barrio.

Madrid, 20 (3'40).

Dos jóvenes de veinte años, José Calvo y Waldo Salinas, rifieron á la salida de un café-concierto por cuestión de faldas. El último, que recibió cuatro puñaladas, está agonizando.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

La nueva ley.

Londres, 19 (25'50).

La Cámara de los Comunes se propone dejar cuanto antes aprobada, tal vez en la sesión del viernes, la ley estableciendo el salario mínimo, no dejando entre la primera y la segunda lecturas más espacio que el día del miércoles, á petición del *leader* de los conservadores, á fin de poder estudiar la nueva ley, que aprobará en su sesión del sábado la Cámara de los Lores.

Ha declarado Asquith que la nueva ley no ha de tener más duración que tres años, á fin de poder entretanto estudiar otra de acción más extensa, habiendo añadido que tendrá la de ahora efecto retroactivo, pues los mineros tendrán derecho al salario mínimo desde la fecha de la promulgación de la ley, salario mínimo que fijarán después las correspondientes Comisiones.

La nueva ley—ha dicho el ministro—no modifica la situación actual sino en el sentido de que se establece legalmente el salario mínimo, lo cual evitará de hoy en adelante no pocos conflictos.

Después del primer ministro ha hablado en la Cámara de los Comunes el *leader* de los conservadores y ha dicho en su discurso que tal vez fuese el remedio peor que la enfermedad que se trata de curar, temiendo además que pueda luego esa ley hacerse extensiva á otras industrias.

El diputado Macdonald, del grupo obrerista, dice que hubiera preferido que los patronos hubieran llegado buenamente á una inteligencia con los mineros, pues ya en lo sucesivo será necesario que se resuelvan todos esos conflictos en el Parlamento. Ha dicho que el partido obrero desea ver figurar en la ley la escala de salarios propuesta por los mineros y que es necesario que el mínimo de éstos lo fije la propia ley. El partido presentará á la ley varias enmiendas; pero apoyará en principio la nueva ley con todas sus fuerzas, procurando naturalmente que su aprobación pueda ser agradable á todo el mundo.

Consejos de Inglaterra.—Armonías americanas.

Paris, 20 (6'50).

Le Matin publica un despacho de Londres diciendo que Inglaterra aconsejó recientemente moderación y conciliación en las negociaciones con España.

Le Petit Journal publica un despacho de Nueva York diciendo que se está trabando un combate en los alrededores de Méjico. Los extranjeros huyen.

La Prensa francesa.

Paris, 20 (6'45).

Le Matin dice que Rifaat Pachá notificó ayer á M. Poincaré que Turquía rechaza las condiciones de paz propuestas por Italia por considerarlas inaceptables.

La Libre Parole dice saber que se efectuarán, por creérlas necesarias, dos expediciones á Marruecos. La una partirá de Chaonia en la segunda quincena de Abril con dirección á Marrakesh y la otra saldrá de Udja en Mayo próximo dirigiéndose á Fez por Tazza.

Explosión é incendio.

Oporto, 20 (5'40).

Ha causado enorme impresión en el público la explosión é incendio ocurrido en la calle de Arcos y del que hemos ya dado cuenta. La explosión fué debida, al parecer, á haber estallado una bomba de las que fabricaban Adelino Costa, Leal Baroçiro, Faustino Bargeira y Antonio Pateta. La explosión ha dado lugar al incendio formidable, que ha destruido tres casas. Hasta ahora se conocen siete muertos y muchos heridos.

Noticias de Alemania.

Berlin, 20 (5'2).

La Prensa berlinesa declara inexactos ó prematuros los rumores alarmistas relativos á la situación interior. El *Berliner Tageblatt* y la *Lokal anzeiger* desmienten categóricamente la dimisión de Kiderlen.

Soldado muerto en riña.

Melilla, 20 (5).

Un cantinero moro mató en riña á un soldado, hiriendo á otros dos. Aunque huyó enseguida, se ha logrado capturarlo.

ULTIMOS PARTES.

La Gaceta.--La conjunción republicana.

Madrid, 16 Marzo (10 mañana).

La Gaceta publica:

Decretos de Hacienda y Estado ya transmitidos; real decreto de la Presidencia suspendiendo las sesiones de Cortes en la presente legislatura; relación de los pleitos incoados ante la Sala de lo Contencioso-administrativo del Tribunal Supremo; relación de los individuos nombrados á propuesta del ministerio de la Guerra para los destinos que se indican en Correos y Telégrafos.

Ahora se reúne en la sección tercera del Congreso el Comité de conjunción republicano-socialista para tomar acuerdos con motivo del entierro del señor Pi y Arsuaga.

Mendigos que prohijan una niña, huyendo después.

Málaga.—Por referencias recibidas de Mahón, tuvo noticia la policía de esta de que se hallaba en Málaga un matrimonio de mendigos que habían obtenido de la Diputación de Palma de Mallorca permiso para prohijar á la expósita Juana Villalonga, desapareciendo poco después de tener á su lado á la niña, sin que hubiesen prevenido á la Diputación.

El inspector señor González, puesto sobre la pista, detuvo ayer á Francisco García Pardo y Dolores Ocaña, con la niña.

El matrimonio declaró que eran mendigos por carencia de recursos y que la niña no había sufrido malos tratos, de los que, en efecto, no presenta señal alguna.

Creyése al principio que este suceso podría tener relación con la secuestradora de Barcelona, aunque es casi seguro que el Francisco García pretendiera dedicar á la expósita á la mendicidad.

Los detenidos continúan en la cárcel hasta que lleguen los comisionados de Mallorca, reconozcan á la niña y se aclare la desaparición brusca del matrimonio sin dar cuenta de su marcha al Ayuntamiento ó á la Diputación como les era obligado hacer.

Torpedos perdidos.—La escuadra Inglesa.

Marin.—El acorazado *Iberia* recorre las rías buscando unos torpedos perdidos durante las maniobras por la escuadra inglesa. Una loncha de pesca ha entregado algunos que encontró, siendo gratificados los tripulantes con 29 libras esterlinas.

Vigo.—Han fondeado en este puerto procedentes de Villagarcía 15 buques de guerra ingleses al mando del almirante Poe.

Más del combate.

Melilla.—Detalles del combate teleografiado ya:

Se supo ayer que un grupo de moros procedentes del zoco el Harba de Zebuya trataban de acercarse al monte Tidrid para hostilizar á los convoyes que aprovisionan á las fuerzas destacadas en las posiciones del Quert.

Para vigilar la zona é impedir los avances del enemigo salió por la mañana del campamento de Yadumen el general Navarro con dos batallones de cazadores, los escuadrones afectos á la brigada y una batería de montaña, dirigiéndose hacia las alturas de Tigrít y pasando por Ujad-Guerrer.

Al llegar la caballería exploradora al cruce de Adun del Arruya, fué hostilizado por algunos moros, ocultos en los accidentes del terreno, entablándose un ligero tiroteo.

Al avanzar la mañana acudieron del zoco Zebuya nuevos grupos de rebeldes, los cuales intentaron repetidamente rebasar el flanco izquierdo de las fuerzas del general Navarro, formalizándose entonces el combate interviniendo la mitad de la infantería y la batería de montaña.